

La economía del Río de la Plata durante el siglo XIX**

Carlos Sempat Assadourian
El Colegio de México

En 1801, en su *Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata*, Félix de Azara vaticina la riqueza para este territorio si se fomentara la ganadería. Pensando en los términos más modernos de la economía política de su tiempo, en el mercado mundial y en “que el manantial más abundante de riquezas para cualquier provincia es el

* Este breve texto fue escrito en enero-febrero de 1987. Se me pidió, para un volumen colectivo sobre las economías nacionales de América Latina en el siglo XIX a editar por Unesco, que colaborara con un ensayo de 15 páginas tratando los casos de Argentina, Paraguay y Uruguay. Pese a las dificultades que significaba tal encargo redacté y entregué el trabajo solicitado, pero dicho volumen nunca fue publicado. CSA.

** Este artículo fue publicado por primera vez en la revista *Illes i Imperis* (9, 2009, pp. 149-163). Agradecemos a C. S. Assadourian y a la mencionada revista por permitirnos reproducirlo en nuestro *Anuario*, salvando algunos errores de la edición de 2009 gracias a una revisión por parte del autor. En “Integración y desintegración regional en el espacio colonial. Un enfoque histórico” (EURE, Universidad Católica de Chile, 4, 1972, pp. 11-23) Assadourian presenta el espacio peruano y deja planteado, entre muchas otras cosas, que entró en crisis en la segunda mitad del siglo XVII. También que su desintegración se dio en dos etapas, ambas traducidas en cambios en la organización político-institucional del espacio geográfico. La primera, aún en el Antiguo Régimen, visible con la creación de los nuevos virreinos sudamericanos en el siglo XVIII. La segunda, ya en el siglo XIX, es revelada por la estructuración de los mercados nacionales soporte de los estados-nación por entonces emergentes. En *El sistema de la economía colonial. El mercado interior, regiones y espacio económico* (dos ediciones: Lima: IEP, 1982 y México: Nueva Imagen, 1983), Assadourian reunió el texto de 1972 y otros escritos suyos producidos hasta fines de los años 1970 en los cuales, no sólo propone su modelo, sino brinda las bases empíricas que guiaron su reflexión y sus conclusiones. Entre ellos figura “El sector exportador de una economía regional del interior argentino. Córdoba, 1800-1860. Esquema cuantitativo y formas de producción” (*Nova Americana*, 1, 1978, pp. 57-104), resultado del apoyo recibido en 1973 por Assadourian de parte del Social Science Research Council (EEUU) para un proyecto sobre la fragmentación del espacio peruano en *espacios nacionales* considerando el período secular 1750/1850-60 donde se proponía analizar Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Paraguay y Argentina.

El artículo que re-editamos debería formar parte de una nueva edición de ese libro, ya que cierra el ciclo y nos muestra cómo explica Assadourian la incidencia de las vinculaciones con el capitalismo en la formación de los Estados-nación argentino y uruguayo. Así, de paso y sin alusiones, cierra la discusión con André Gunder Frank, sostenida en otro texto que también debería sumarse a la compilación (“Modos de producción, capitalismo y subdesarrollo en América Latina”. *Cuadernos de la Realidad Nacional*, CEREN, Univ. Católica de Chile, marzo de 1971), para que las nuevas generaciones de lectores de Assadourian conozcan el contexto del debate político y académico en el que nació el espacio peruano.

Sería motivo de una extensa publicación sólo reseñar todas las investigaciones que se inspiran en las ideas de Assadourian, que las retoman, las desarrollan y hasta inclusive las emplean sin saber que el espacio peruano es su creación. De hecho, la noción ya forma parte del “fondo común de conocimientos” de todo hispanoamericanista interesado por las sociedades del sur americano entre los siglos XVI y XIX. Con esta re-edición, nuestro *Anuario* celebra los 40 años del espacio peruano y rinde un homenaje más a uno de los intelectuales que marcan el pensamiento historiográfico hispanoamericanista desde los años 1960. Fernando Jumar, por el Consejo de Redacción.

cultivo de las producciones más análogas a su terreno y a las inclinaciones” de sus habitantes, Azara despliega en forma persuasiva su modelo de desarrollo económico para los países del Río de la Plata. Aunque el rendimiento del trigo fuera aquí el doble que en España, escribe, el cultivo de un labrador alcanza por año un valor de 139 pesos y 4 reales, mientras que el trabajo de un gaucho de estancia -sumando los precios de mercado del cuero, la carne, el sebo y las astas de cada res- rinde por año 477 pesos y 2 reales, es decir, una productividad casi tres veces y media mayor medida en dinero. Azara observa, además, que el trigo no tenía mercado en Europa y que tampoco se podía sembrar a una distancia de 40 y 50 leguas de los puertos “[...] porque los portes excederían el principal”. En cambio, estas tierras podían producir “buena lana para todas las fábricas del mundo”, mientras que las primeras materias de la ganadería vacuna eran “de infinito consumo en todo el mundo, y que ningún país las puede dar en tanta abundancia, de mejor calidad y a tan moderado precio”.

Un desarrollo económico fundado en la ganadería representaba también para Azara la forma óptima de utilizar y combinar los factores de producción. Ante la abundancia de tierras fértiles casi des pobladas, el fomento de la ganadería permitiría correr la frontera y ocupar los campos desiertos con solo movilizar la escasa población de estas regiones. La consideración de todos estos elementos permite igualmente a Azara desechar como opción el modelo manufacturero; él constata primero “que ninguna de estas ciudades tiene fábricas ni cosa que pueda contribuir al comercio”, y señala luego que “si cotejamos el pastoreo con las artes y oficios, ninguno puede ser tan útil que produzca al país cuatrocientos setenta y siete pesos y tres undécimos anuales por cada operario como le resulta por cada pastor”.¹

Cincuenta años después, la riqueza predicha por Azara se había dado de manera muy circunscrita. En el Paraguay los diversos acontecimientos de la revolución anticolonial fueron conformando una sociedad campesina singular, no solo desvinculada del gran comercio internacional sino también marginada ahora de la extensa red de mercados interregionales a la que, durante el período colonial, había accedido mediante la producción de yerba mate; esta grave involución mercantil ha sido transformada, por algunos ensayistas confundidos, en la expresión desarrollada de una vía de industrialización nacional autónoma. Por otra parte, las excepcionales condiciones físicas del Uruguay para la producción ganadera habían sido malogradas por un estado de guerra casi permanente, dado por las luchas civiles y los enfrentamientos entre Buenos Aires y Brasil. Al terminar la llamada Guerra Grande o de los Nueve Años, de 1843 a 1851, el Uruguay tenía un stock ganadero reducido a mínimos críticos.

La imagen parece cambiar al mirar el territorio argentino. Hacia 1850, el valor de

1- Félix de Azara. *Memoria sobre el estado rural...*

las exportaciones por el puerto de Buenos Aires alcanzaba los 10 millones de pesos oro; las materias de la ganadería vacuna equivalían al 90% de dicho valor -con un neto predominio de los cueros, que representaban el 65% de las exportaciones totales- y las lanas, el 10% restante. Pero la riqueza se había concentrado en la provincia de Buenos Aires y desparramado muy pobremente, después de 1830, sobre las provincias del Litoral y Córdoba. Otro hecho sumamente significativo era que el crecimiento de esta economía ganadera exportadora, tan concentrada regionalmente, estuvo desprovisto de efectos de eslabonamiento sobre el resto del espacio económico argentino; así, en vez de articular progresivamente un mercado interno de *carácter nacional*, había ahondado aún más la crisis de las vinculaciones económicas interregionales empezada ya hacia finales del siglo XVIII. Después de 1810, por ejemplo, la ampliación de las importaciones de tejidos de algodón de fabricación inglesa terminó de arruinar la tosca producción textil de Catamarca, mientras que la irrupción de ponchos también ingleses, sobre todo después de 1830, afectó sensiblemente a la tejeduría doméstica de lana, que se extendía por toda la campaña de Córdoba, Santiago del Estero, Salta y Tucumán. De la misma manera, la introducción de un creciente volumen de vino y aguardiente procedentes de Europa al mercado de Buenos Aires aceleró la crisis de la vitivinicultura cuyana.² Y si recordamos que la provincia de Buenos Aires era la dueña exclusiva de todos los ingresos fiscales derivados del comercio exterior, podemos comprender por qué la sucesión de pactos federales entre las provincias solo pudieron calmar esporádicamente las turbulencias de las guerras civiles. Como no se lograba establecer un Estado nacional orgánico, las vinculaciones económicas que las provincias de Cuyo y el Norte mantenían con Chile y Bolivia se percibían incluso como una amenaza a la *identidad nacional*.

Cabe advertir, asimismo, que el crecimiento de la economía exportadora carecía de ciertos efectos aún en la misma región de Buenos Aires. Al proponer su modelo de desarrollo económico basado en el fomento de la ganadería, Félix de Azara sabía que el pastoreo “casi no necesita aprendizaje, instrucción ni talento”. Por lo tanto, imbuido de las ideas de su época acerca del *progreso*, no podía dejar de enfrentar una objeción ilustrada: “[...] se pensará acaso que fomentando el pastoreo trato de conservar incultos a estos habitantes; pero no es así: quiero enriquecer al país y sé que las ciencias y cultura buscan siempre a la opulencia”. Cincuenta años después, los hechos contradecían a Azara. En Buenos Aires, en el mismo paradigma de la riqueza prevista, algunos círculos de la ciudad manifestaban haber asimilado ciertos hábitos e ideas de la Europa burguesa, pero la población de la campaña seguía manteniendo aquellas costumbres que, por ser tan poco civiles y cristianas, Azara había reprobado en 1801.

El período de 1850 a 1913 depara a dos países del Río de la Plata una gran transformación en todos los órdenes. La excepción es el Paraguay, donde este tiempo largo queda marcado por una tragedia militar. La esforzada preparación

de esta región histórica para superar su marginación del comercio mundial queda frustrada por la guerra de 1865-1871, en la que los ejércitos de la llamada Triple Alianza (Argentina, Brasil y Uruguay) obtienen el triunfo aniquilando al 75% de la población masculina paraguaya. En cambio, los otros países del Río de la Plata, vencedores en dicha contienda, parecen obtener por fin en este período semisecular la ansiada opulencia que atrae a las ciencias y a la cultura.

Durante este período es preciso distinguir, tanto para el Uruguay como para la Argentina, dos fases de características muy distintas que pueden ser definidas, con referencia al contexto más amplio en que se insertan ambos procesos nacionales, como la última etapa del “imperialismo de libre comercio” y la transición hacia el imperialismo caracterizado por la inversión de capital; el momento de la transición ocurre en la década de 1870.

Consideremos la primera fase. En el Uruguay, que goza de la paz interior después de la Gran Guerra, y en la Argentina, donde las contradicciones por la organización nacional vuelven a alcanzar en ciertos años su máxima intensidad, hay un ascenso en las exportaciones de materias primas procedentes de la ganadería, pero ha ocurrido una alteración importante en la composición de las exportaciones. En el Uruguay, el stock vacuno que la Guerra Grande redujo probablemente a dos o dos millones y medio de cabezas, se duplica hacia 1858 y de nuevo vuelve a doblarse hacia 1862. Este rápido crecimiento del stock permite elevar las exportaciones de cuero de un promedio anual de 648.000 para el trienio 1853-1855 a más de 1.200.000 para 1862-1863, volumen este que se mantiene como promedio anual hasta finalizar la década de 1870. La exportación de tasajo muestra igualmente una gran alza entre 1855, cuando se embarcan 9 millones de kg, y 1862, cuando la salida alcanza los 34 millones de kg, cifra que, a pesar de las grandes variaciones, también se mantiene como promedio anual hasta 1880. Sin embargo, debemos ser cautelosos ante estas cifras, pues es posible que esta gran expansión de la ganadería vacuna, ocurrida en la década de 1850, no haya sobrepasado los probables niveles máximos alcanzados en algunos lapsos de paz del período anterior.³ Este hecho aparece más claro en la Argentina: hasta 1880 las exportaciones de cuero y tasajo no parecen superar las cifras promedio de 1849-1851 (2.662.244 cueros y más de 46 millones de kg de tasajo).⁴

El ascenso de la economía de exportación durante esta fase, en consecuencia, se debe a la expansión de la ganadería lanar, sector cuyas posibilidades había encomiado Azara en 1801 atendiendo a las nuevas escalas de demanda del mercado mundial. En el Uruguay la recuperación del stock ovino al finalizar la Guerra Grande permite hacia 1857-1858 igualar el volumen de exportación

2-Sobre estos temas véase T. Halperín, “La expansión ganadera en la campaña...” y *De la revolución de independencia a la confederación rosista a la confederación rosista*; asimismo, C. S. Assadourian, “El sector exportador de una economía...”.

3- J. P. Barrán y B. Nahum. *Historia rural del Uruguay moderno*.

4-Las últimas cifras en W. Parish. *Buenos Aires y las provincias del Río de La Plata*, p. 511.

de lana del trienio 1840-1842 (casi un millón de kg) y saltar abruptamente a un promedio anual de más de 16 millones de kg para el quinquenio 1866-1870, cifra promedio que se mantendrá en la década siguiente.⁵

En la Argentina el crecimiento de la exportación de lana es igualmente espectacular, pues el promedio anual de 17,5 millones de kg del quinquenio 1856-1860 sube a 62 millones en el quinquenio 1866-1870. A diferencia del Uruguay, en la Argentina el sector lanar presenta un ciclo más largo de expansión, pues el promedio anual de la exportación en la década de 1870 es algo superior a los 88 millones de kg, mientras que los primeros años de la década de 1880 ofrecen cifras por encima de los 100 millones de kg.⁶ Anotemos cuáles podrían ser los años clave de estos ascensos, que evidencian además diferencias temporales y de intensidad en la expansión del ganado lanar en ambos países del Río de la Plata. En el Uruguay, el valor de las exportaciones de lana supera por primera vez el de los cueros recién en 1884 (27,2% por 26%), mientras que en la Argentina este desplazamiento fue más temprano, entre 1863 y 1865; en este último año la exportación de lana representó el 46,2% del valor total de las exportaciones, en tanto el cuero caía al 27,2%.

El predominio del ganado lanar promovió en cierto modo una variación en la estructura agraria rioplatense, pues su forma de explotación era muy moderna comparada con la de la ganadería vacuna; asimismo, la crianza del ovino estimuló una corriente de inmigrantes irlandeses y vascos, que en gran medida dirigieron estas nuevas empresas rurales. De todas maneras, el proyecto de organización de estos países como estados unitarios nacionales con un sistema económico más moderno, poseía una envergadura más compleja que el desarrollo aislado de un nuevo sector exportador, localizado por lo demás en la misma área de la ganadería tradicional. El proyecto y el proceso de unificación política y económica resultaban mucho más complicados en la Argentina que en el Uruguay, debido a la mayor extensión y dotación de recursos del espacio económico argentino, así como al hecho de estar compuesto por regiones con consistencia histórica desde las primeras épocas del dominio colonial. Consideremos la situación argentina, prestando inicialmente atención a dos cuestiones. La primera estaba dada por el objetivo de correr la frontera terminando con el problema indígena. Esto significaba asegurar la paz para vastos territorios ya ocupados pero que seguían expuestos a los frecuentes malones -que vendían parte del ganado sustraído en Chile-, y también disponer de otra inmensa extensión de nuevas tierras útiles para la economía de exportación, incluso para la reubicación de más de 40 millones de ovejas que pastaban hacia esos años en la provincia de Buenos Aires. Bajo la presidencia de Nicolás Avellaneda, los dos ministros de Guerra, Alsina y Roca, logran imponer entre 1876 y 1880 el dominio militar sobre el llamado “desierto”,

5-J. P. Barrán y B. Nahum. op. cit., cuadros estadísticos.

6-F. Latzina. “El comercio argentino antaño y hogaño”, p. 586.

la frontera sur. Quedaba pendiente la otra tarea que había sido definida con precisión por el general Mitre años antes: conquistar la frontera “[...] por la civilización y el desarrollo de los intereses materiales”.

La segunda cuestión consistía en la conformación de un Estado nacional orgánico. Los hitos principales de este proceso fueron la integración de Buenos Aires con el resto del país, la solución al conflictivo problema de la capital federal, la transferencia al poder ejecutivo nacional del manejo de las rentas aduaneras, la emisión de moneda y la formación de un ejército nacional. El nuevo ejército de línea fue un factor decisivo en esta etapa de la organización nacional, al deponer del poder a todos los grupos provinciales que se oponían o se mostraban remisos al nuevo arreglo nacional. Pero aquí también quedaba pendiente otro proceso, el de convertir la sujeción por la fuerza militar en una verdadera alianza con las provincias marginadas del comercio internacional de larga distancia. Impuesta la nacionalización de las rentas aduaneras -un viejo reclamo de las provincias del interior-, el punto central de esta alianza se radicaba ahora en el impulso a las producciones regionales excluidas del mercado europeo, es decir, en la constitución de un amplio mercado interno.

Aunque en la Argentina existieron proyectos de una integración política y económica bajo el sistema proteccionista (el llamado “pensamiento económico nacionalista”), la unificación nacional fue dirigida por un programa orientado a profundizar las relaciones económicas con los países capitalistas europeos, en especial con Gran Bretaña. Atraer población y capital de Europa fueron los dos puntos principales de este programa. Una de las condiciones para lograr la afluencia de capital, la existencia de un poder central que representara o indicara la tendencia a una mayor estabilidad política interna, ya había comenzado a concretarse en los países del Río de la Plata.

Los datos del cuadro 1 reflejan la intensidad con que se reinició la afluencia de capital británico en la década de 1870 y el hecho de que, incluso con la denominada “crisis de Baring”, iniciada en 1890, las inversiones se cuadruplicaron entre 1885 y 1895. Las cifras muestran también el apogeo de 1905-1913, cuando la inversión de capital prácticamente igualó la magnitud de los cuarenta años precedentes. La gran atracción que suscitó el Río de la Plata -especialmente la Argentina, que era vista como “una segunda Estados Unidos”- en el mercado monetario británico queda de manifiesto con solo mencionar que los probables 527 millones de libras recibidas hacia 1913 equivaldrían, aproximadamente, al 30% y 27% de las inversiones inglesas hechas dentro y fuera del Imperio (1.780,0 y 1.983,3 millones de libras respectivamente, según Feis).

Los datos del cuadro también indican que las inversiones británicas estuvieron fuertemente concentradas en préstamos al Estado y en compañías ferroviarias, que representaban el 84% de las inversiones totales acumuladas hacia 1913. Como parte de los empréstitos fueron utilizados para financiar la construcción y

el funcionamiento de las líneas ferroviarias, se puede afirmar que la recurrencia al principal mercado de capital del mundo estuvo motivada principalmente por el propósito de transformar estos países mediante el tendido de rieles. Al respecto debemos señalar, en primer lugar, que durante este período el programa ferroviario alcanzó una importante realización cuantitativa. En la Argentina, los primeros 39 km existentes en 1860 se alargan a 732 km en 1870 y 2.313 en 1880. Esta extensión, tan modesta aún en términos del promedio anual de construcción, tuvo un llamativo incremento en las décadas siguientes: 9.254 km en 1890, 16.767 en 1900 y 33.478 en 1913. En el Uruguay el mayor promedio anual de construcción se dio entre 1884 y 1892, al avanzar la red ferroviaria de

CUADRO 1: Inversiones británicas en el Río de la Plata, 1865-1913 (en miles de libras)

	1865	1875	1885	1895	1905	1913
Argentina						
Empréstitos	2.206 (81%)	16.940 (73%)	26.681 (58%)	90.565 (47%)	101.040 (40%)	184.593 (38%)
Ferrocarriles	512 (19%)	5.054 (22%)	15.293 (33%)	81.746 (43%)	120.632 (47%)	219.235 (46%)
Serv. públicos	-	878 (4%)	1.782 (4%)	7.056 (4%)	19.461 (8%)	35.940 (8%)
Bancos	-	130 (1%)	1.727 (4%)	6.231 (3%)	5.440 (2%)	21.413 (4%)
Otros	-	50	467 (1%)	5.342 (3%)	7.994 (3%)	18.062 (4%)
TOTAL	2,718	22,602	45,591	190,936	254,517	479,783
Uruguay						
Empréstitos	1.000 (89%)	3.268 (52%)	11.056 (69%)	20.384 (61%)	21.692 (55%)	26.128 (55%)
Ferrocarriles	-	2.065 (33%)	3.144 (20%)	10.271 (30%)	13.879 (35%)	15.261 (32%)
Serv. públicos	-	550 (9%)	1.145 (7%)	1.619 (5%)	2.515 (6%)	3.882 (8%)
Bancos	-	-	-	584 (2%)	116	-
Otros	125 (11%)	357 (6%)	660 (4%)	763 (2%)	1.000 (3%)	2.030 (4%)
TOTAL	1,125	6,240	16,005	33,620	39,202	47,301

Fuente: I. Stone. *The Composition and Distribution of British Investment in Latin America, 1865 to 1913*. Columbia University, 1962. Según este trabajo, hacia 1913 las inversiones británicas en Paraguay sumaban 3.924.000 libras esterlinas.

200 a 1.602 km. Luego de unos años casi sin progresos, entre 1905 y 1913 hay un nuevo auge que extiende la red a 2.521 km de recorrido.

Reconocido el logro cuantitativo, cabe revisar el aspecto más controvertido del programa ferroviario. La inversión británica en ferrocarriles ha sido objeto de frecuentes críticas, ya que se le atribuye el haber subordinado los verdaderos intereses nacionales del Uruguay y de la Argentina, al desarrollar estas economías como meras dependencias agropecuarias de los países industrializados; se llega a afirmar, incluso, que el auge ferroviario no surgió de los propios factores económicos y sociales locales, sino que fue un producto de la presión extranjera. Estas críticas sobreestiman, a nuestro parecer, la influencia externa directa en las decisiones de las “políticas nacionales”, pues el proyecto de desarrollo *hacia afuera* en donde el trazado de la red ferroviaria constituía un elemento preponderante-

fue una opción histórica tomada e impulsada por las clases dirigentes urbanas y rurales del país.

En este punto interesa señalar que el programa ferroviario de la Argentina tuvo varias facetas. Ferns ha comparado con mucha agudeza a dos empresas ferroviarias cuya finalidad era muy distinta: el Gran Sur, que fue construido a través de un territorio ya en explotación y cuyos tramos estaban proyectados para competir con los medios tradicionales de transporte, y el Central Argentino, que “[...] fue un ferrocarril pionero constituido no para satisfacer una demanda existente de servicios ferroviarios sino para crearla”.⁷ Agreguemos que el Central Argentino fue concebido como el elemento más estratégico para desarrollar la economía y la cohesión política al interior de la Confederación Argentina; en tal sentido, el gobierno de la provincia de Córdoba declaraba en 1856 que su realización “[...] sería entre nosotros el hecho más grande de la época actual [...] destinado a producir en la República una favorable revolución desarrollando mil gérmenes de riqueza no explotados hoy”. Y si bien el primer tramo del Central Argentino llegaba a la ciudad de Córdoba -lo cual indica que su parte inicial tendía a promover la economía de exportación-, resulta indudable que su prolongación hasta Tucumán, así como la línea construida hasta Mendoza y San Juan, estaban destinadas específicamente a realizar el proyecto de conformación y ampliación del mercado interior integrando las provincias del Norte y de Cuyo. Tengamos presente otro dato: hacia 1900 el 62,8% de la red ferroviaria argentina estaba distribuida sobre la región pampeana, área de la economía exportadora. Dicho de otra manera, el 37,2% de las líneas construidas hasta ese momento tendía a la unificación del país, a fortalecer las alianzas políticas con los grupos dominantes de ciertas regiones periféricas, al promover programas viables de desarrollo económico vinculados al mercado interior.

Ya hemos dicho que, además de capital, atraer población europea fue la otra base del proyecto de modernización de los países del Río de la Plata. Tulio Halperin ha destacado certeramente cómo coincidieron en torno a la política inmigratoria intereses aparentemente opuestos: si algunos pensadores y políticos buscaron “en la inmigración un instrumento formidable para destruir entre otras cosas el predominio de las estructuras de poder político y social existentes en la campaña”, esta política no provocó la alarma ni “[...] la hostilidad de esas mismas estructuras que supuestamente debía socavar”.⁸ También cabe señalar que la prédica proinmigratoria encontró acogida en aquellas provincias que estaban débilmente vinculadas al mercado mundial o al margen de él, tal como lo manifiestan las declaraciones de los gobiernos anunciando sus deseos de asociarse “a este pensamiento civilizador”, “a este movimiento progresista”. O, como decía el gobierno de Córdoba en 1855, era “un asunto de interés vital para la Provincia

7-H. S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, p. 343.

[...] promover la emigración europea que nos traerá población e industria que tanto carece nuestro país para explotar nuestro rico territorio cuyos productos enriquecerán nuestro comercio. Entonces habremos utilizado nuestros campos, hoy desiertos, haciéndolos productivos a esfuerzos del trabajo e inteligencia de los colonos y con ellos aumentaríamos los elementos moralizadores de nuestras masas, el trabajo y la industria”.

Sin embargo, las condiciones imperantes en el Río de la Plata durante las décadas de 1860 y 1870, entre ellas la débil extensión de la red ferroviaria, determinaron que el movimiento inmigratorio dependiera sobre todo de las guerras y los períodos de malas cosechas que se producían en Europa. Sucedió además, en el caso de la Argentina, que el 70% de los inmigrantes de estas dos décadas se ubicó en la región de Buenos Aires; en 1879, al constatar con estadísticas que el 50% de los habitantes de la capital de la República y el 43% de la población de la provincia de Buenos Aires eran extranjeros, la propia Comisaría General de Inmigración expresó inquietudes acerca de “[...] cuántos inconvenientes económicos y cuántos peligros políticos trae aparejado este hecho”. Pero los cambios que acontecían en la población de la región más rica de la Argentina no atenuaron el fervor proinmigratorio de sus clases dirigentes: en el mismo año de 1879 el general Roca, durante su campaña presidencial, prometía acelerar la europeización del país, proteger la inmigración “[...] a todo precio, a fin de poder recibir 200.000 inmigrantes por año”.

Los datos del cuadro 2 reflejan la muy desigual intensidad que tuvo el flujo inmigratorio en ambos países del Río de la Plata, hecho que no puede atribuirse al distinto tamaño de sus espacios económicos. En efecto, dejando de lado a Buenos Aires, que atrae el mayor porcentaje de población europea, tenemos que las provincias de Santa Fe y Córdoba lograron atraer a más inmigrantes que el Uruguay, a pesar de que sus territorios eran menores. Estos ejemplos muestran cuál pudo ser la causa principal de la diferencia de intensidad en la inmigración a ambos países: en el Uruguay las mejores tierras ya habían sido destinadas a la ganadería, mientras que en la Argentina aún quedaba vacía una enorme extensión de tierras fértiles que podía ser ocupada por los inmigrantes. Veremos enseguida

8-T. Halperin. “¿Para qué la inmigración?...”, p. 452.

CUADRO 2: Movimiento migratorio de ultramar al Río de la Plata

Período	Inmigración	Emigración	Saldos migratorios	% de italianos y españoles en el saldo migratorio
Argentina (1861-1910)				
1861-1870	159,170	82,970	76,594	85.1
1871-1880	260,885	175,763	85,122	72.8
1881-1890	841,122	203,455	637,667	78.4
1891-1900	648,326	328,444	319,882	85.9
1901-1910	1,764,103	643,881	1,120,222	83.9
Uruguay (1881-1905)				
1881-1890	150,376	82,281	68,095	87.3
1891-1900	101,373	79,021	22,352	64.3
1901-1905	38,657	31,838	6,819	64.9

Fuentes: G. Beyhaut, R. Cortés Conde, H. Gorostegui y S. Torrado. *Inmigración y desarrollo económico*. Buenos Aires, 1961. O. Mourat. "La inmigración y el crecimiento de la población del Uruguay, 1830-1930. En: O. Mourat et al. (eds.). *Cinco perspectivas históricas del Uruguay moderno*. Montevideo, 1969.

la importancia que tuvo la existencia de esta frontera agrícola en la economía de exportación de la Argentina.

La inmigración y las inversiones europeas impulsaron, tal como esperaban los grupos dominantes locales, un fuerte movimiento ascendente en el comercio exterior; para la Argentina, donde ambos factores tuvieron una mayor intensidad, se calcula que el valor de las exportaciones -en pesos oro- creció, de 1875 a 1914, a una tasa superior al 5% anual. El notable incremento de las exportaciones, sin embargo, fue insuficiente en algunas ocasiones para evitar problemas en uno de los movimientos que la sustentaba, o sea, en la cuenta de capital. A corto plazo, la situación más grave fue la "crisis Baring", desencadenada en 1890, que obligó al Estado argentino a suspender el pago de la deuda externa, cuyos servicios habían ascendido en ese momento al 60% del valor de las exportaciones. Y para dar una somera idea acerca de los efectos a largo plazo que pudo tener la cuenta de capital, cabe mencionar que entre 1911 y 1914 los servicios de las deudas externas de Argentina y de Uruguay quizá equivalían al 35% y el 30% del valor de sus exportaciones.

El cuadro 3 ilustra bien las divergencias entre la economía exportadora del Uruguay y la de la Argentina. La diferencia fundamental es que el Uruguay mantiene inalterable su condición de país monoexportador ganadero, mientras que la Argentina diversifica su sector externo de tal manera que, ya hacia 1900, el sector agrícola ocupa el primer lugar en el valor de las exportaciones. Tomando en cuenta solamente el sector ganadero, se observa cómo entre 1900 y 1914 la

CUADRO 3: Estructura de las exportaciones de Argentina y Uruguay (porcentajes del valor total)

Sector ganadero	Argentina			Uruguay		
	1893-1894	1900-1904	1910-1914	1893-1894	1900-1904	1910-1914
Ganado en pie	5.8	2.3	2.0	2.2	1.9	2.3
Carne congelada/enfriada	2.1	6.6	9.5	-	-	7.2
Carne conservada/extracto	-	-	-	6.6	4.5	3.4
Tasajo	4.5	1.1	0.3	17.2	15.7	7.8
Cueros y pieles	16.9	11.2	11.0	25.7	28.2	19.1
Lana	27.7	22.0	12.9	27.4	31.5	42.9
Sebo/grasa	2.7	2.1	2.5	6.2	5.8	3.9
Otros subproductos	-	0.7	0.3	-	0.5	0.2
SUBTOTAL	59.7	46.0	38.5	85.3	88.1	86.8
<i>Sector agrícola</i>						
Trigo	25.9	20.7	19.4	3.4	1.6	0.2
Maíz	1.3	14.4	17.9	1.4	1.1	-
Lino	3.3	9.5	10.2	-	-	-
Harina y subproductos	1.5	2.5	2.6	2.3	0.6	0.8
SUBTOTAL	32.0	47.1	50.1	7.1	3.3	1.0
<i>Otros productos</i>	8.3	6.9	11.4	7.6	8.6	12.2

Fuentes: C. F. Díaz Alejandro. *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Buenos Aires, 1975, p. 32; J. P. Barrán y B. N. Nahum. *Historia rural del Uruguay moderno*. Montevideo, t. II-V, cuadros estadísticos.

lana pierde importancia en la estructura argentina, mientras que en el Uruguay se acentúa su predominio. En relación al ganado vacuno, los porcentajes del tasajo y de la carne enfriada o congelada reflejan también procesos diferentes. El tasajo prácticamente desapareció del sector exportador argentino, pero en el Uruguay este ramo muestra todavía una fuerte persistencia hasta 1910 (el 10% del valor total de las exportaciones), sostenido por la demanda de los viejos mercados esclavistas de Brasil y Cuba. En cambio, la exportación de carne congelada o enfriada tiene una aparición muy temprana y consistente en la Argentina, mientras que en el Uruguay recién cobra importancia hacia 1913-1914. Estos datos sobre el tasajo y las carnes enfriadas o congeladas revelan el adelanto del proceso de modernización de las empresas ganaderas argentinas, especialmente en la cría de ganado refinado, lo que implicaba una modificación sustantiva del paisaje agrario al extenderse las praderas de alfalfa formadas por el trabajo del hombre. Por cierto, este cambio se halla íntimamente vinculado a la aparición de los frigoríficos ingleses, empresas que, por sus características, acentuaron la influencia externa sobre la economía argentina. Pero debe notarse que estas empresas, al imponer las carnes argentinas en el mercado británico mediante una esmerada política de distribución y precios, contribuyeron poderosamente a desplazar de aquel mercado a las carnes de Australia y Nueva Zelanda, dos colonias *formales* del Reino Unido.

La transformación real de la Argentina, su ubicación hacia 1900 entre las naciones más avanzadas del mundo considerando el ingreso per cápita, estuvo dada por su impresionante expansión agrícola. Esta expansión justificó a corto plazo la

apertura del país al capital europeo -en especial la inversión en ferrocarriles-, y convirtió a la Argentina en uno de los más señalados ejemplos que convalidaban las teorías del desarrollo económico basado en el comercio exterior.

CUADRO 4: Exportaciones agrícolas de la Argentina (en miles de T y pesos oro)

Años	Trigo		Maíz		Lino	
	Toneladas	Pesos oro	Toneladas	Pesos oro	Toneladas	Pesos oro
1880-1884	173	6,598	280	5,620	-	-
1885-1889	556	22,334	1,105	20,384	-	-
1890-1894	3,810	91,457	1,358	28,856	312	10,598
1895-1899	3,993	96,226	4,549	53,983	1,043	32,961
1900-1904	7,465	201,724	7,592	131,348	2,377	94,628
1905-1909	13,947	470,052	10,176	229,488	3,899	180,947

Fuente: R. Cortés Conde, T. Halperin, H. Gorostegui de Torres. *El comercio exterior argentino*. Buenos Aires, 1966, vol. 1.

Vamos a considerar el desarrollo agrícola argentino analizando las tendencias en los patrones de tenencia de la tierra dedicada al cultivo del trigo. La primera etapa de expansión de este cereal estuvo en gran medida sustentada por la puesta en producción de los campos de Santa Fe y Entre Ríos, donde en 1887 ya había 600.000 y 138.000 ha cultivadas mayormente con trigo. Durante esta etapa la producción cerealista de ambas provincias fue estimulada mediante un patrón de desarrollo agrícola basado principalmente en la fundación de colonias. Esta estructura inicial, asimilable al tipo *farmer*, fue favorecida por la incorporación de la provincia de Córdoba a la agricultura de exportación: las 36 colonias de 1887, con 22.162 ha cultivadas, aumentan a 50 en 1889 con una superficie cultivada superior a las 100 mil ha, también en su mayoría sembradas de trigo.

Ahora bien, el nuevo ciclo de expansión del trigo -que comienza hacia 1893- es también un importante punto de inflexión para la agricultura argentina pues marca la transición hacia otra forma dominante en la estructura de producción. Entre 1895 y 1903, Santa Fe y Entre Ríos conservan casi la misma superficie cultivada de trigo, mientras en Buenos Aires y Córdoba las tierras sembradas con dicho cereal aumentaron de 367.446 a 1.315.431 ha y de 293.700 a 766.962 ha respectivamente. El nuevo ciclo del trigo estuvo, pues concentrado en estas dos provincias. En Córdoba, durante este período, continua la fundación de colonias donde los inmigrantes logran acceder a la propiedad del suelo mediante pagos que efectúan con sus cosechas, pero también se extienden notablemente el arrendamiento y la mediería como formas de tenencia. En la provincia de Buenos Aires predominó

el sistema de arrendamiento mediante contratos de 3 o menos años, al final de los cuales el inmigrante agricultor debía devolver el campo alfalfado; esto indica que la propagación del trigo en la campaña bonaerense fue auspiciada por los grandes estancieros, tanto por el señuelo de la renta agrícola como para apoyar ventajosamente —mediante la formación de praderas artificiales— la cría de ganado refinado que exigían las empresas frigoríficas para satisfacer el mercado de carne de la Gran Bretaña.

El debilitamiento de la vía *farmer* ante la forma terrateniente-arrendatario fue consolidada por la involución ocurrida en Santa Fe. En la década de 1890 se inició en esta provincia un desplazamiento de la producción agrícola hacia la región sur que, por estar sujeta asimismo a la formación de praderas artificiales, la fue transformando “en una provincia de arrendatarios”. Los datos del censo de 1914 dejan traslucir quienes fueron los principales beneficiados, a través de la renta capitalista del suelo, del impresionante crecimiento de las exportaciones agrícolas argentinas: si en Córdoba el 50,9% de las explotaciones agrícolas eran trabajadas por arrendatarios, el porcentaje sube al 56% y 59% en las provincias de Buenos Aires y Santa Fe. El predominio del sistema de arrendamiento en el sector agrícola —así como el régimen que imperó en el ganadero— es lo que permite a historiadores como T. Halperin especificar “la regla que gobierna la expansión argentina: la posición dominante que en ella tienen los sectores terratenientes, su capacidad para orientar el proceso...”

Por último, amplíemos este esquema sobre el desarrollo económico de los países del Río de la Plata introduciendo las variables de la industrialización y del mercado interior. Según estudios, la producción manufacturera creció en la Argentina a una tasa del 7% anual entre 1900 y 1913; en este último año su participación porcentual en el producto interno bruto a costo de factores habría sido del 12,1%, excluyendo el sector de la construcción (4,2%).⁹

Estas cifras sugerentes deben ser evaluadas considerando qué modalidades tuvo el sector manufacturero surgido durante estos años. Hay que señalar, como uno de los rasgos centrales, la estrecha vinculación de la industria manufacturera con la economía de exportación agraria. En la Argentina, hacia 1913, el 77% del capital y aproximadamente el 83% del valor de la producción, de la fuerza motriz y de la mano de obra empleada en el sector industrial se hallaban en la zona pampeana, principalmente en Buenos Aires; en el Uruguay se dio asimismo una marcada concentración alrededor de Montevideo, puerto de salida para los excedentes ganaderos. Esta localización respondía, entre otros factores, a que las ramas industriales con uso más intensivo de capital y mayor número de trabajadores por empresas, como los frigoríficos y saladeros, los molinos harineros, las

9-CEPAL, *El desarrollo económico de la Argentina*. Anexo, p.4; Randall, *An Economic History of Argentina...*, p.2

curtiembres y los lavaderos de lana, recibían sus insumos directamente del sector agroexportador. Por lo demás la conformación de este grupo de industrias, que realizaba toda su producción —o parte de ella— en el mercado exterior, estuvo favorecida por ventajas comparativas, esto es por los bajos costos de producción de sus insumos ganaderos o agrícolas.

Las restantes ramas industriales, orientadas hacia el mercado interno, también tendieron a localizarse en el área agroexportadora debido a la demanda urbana y rural que generaba esta actividad. Este grupo de industrias se caracterizó por su gran dependencia de la importación de tecnología y de materias primas, como ocurrió con la metalurgia, productos químicos, artes gráficas, confecciones y tejidos. Si bien la falta de mayores eslabonamientos internos es comprensible en el caso de ramas industriales complejas (metalurgia por ejemplo), resulta más sorprendente el comportamiento de una industria sencilla como la textil, que fue la avanzada de los procesos de industrialización y de sustitución de importaciones en otros países latinoamericanos; los países del Río de la Plata, en cambio, continuaron siendo durante estos años fuertes importadores de hilados y telas, a pesar de contar con una gran producción de lana y estar dotados —como era el caso de Argentina—, de zonas propicias para el cultivo del algodón.

La formación de este grupo de industrias orientadas al mercado interior guardó una dependencia muy fuerte con respecto a la inmigración europea, tanto en el mercado de la fuerza de trabajo como en la procedencia los empresarios; en la Argentina, por ejemplo, el censo de 1895 indica que el 81% de los establecimientos industriales pertenecía a extranjeros, porcentaje que se mantiene aún en un nivel muy alto (67%) en el censo de 1914. Por otra parte, la pequeña dimensión de estas empresas sugiere un patrón de acumulación de capital en base al ahorro individual y la reinversión de utilidades, sin mucha conexión al parecer con las instituciones locales de crédito. Para la Argentina se ha señalado que el origen inmigrante de estos empresarios industriales y su escasa participación en la vida política nacional, en tanto hechos que retardaron la formación de una fuerza política que favoreciera la industria, explicaría las debilidades que tuvo el proceso de industrialización en dicho país durante este período. Sin embargo en el Uruguay, donde también hubo un predominio de inmigrantes en la nueva clase industrial, hallamos que el gobierno batllista se inclinó decididamente a favor de un proyecto de industrialización. Y de todas maneras, aunque las estructuras del poder manifesten posiciones distintas, las modalidades, el perfil del proceso de industrialización del Uruguay no difirió mayormente del dado en la Argentina.

Falta mencionar que en la Argentina se produjo un importante desarrollo de ciertas economías regionales, articuladas al mercado interior. Los ejemplos más notables, por sus bases técnicas y las escalas de producción, fueron las industrias agrícolas del azúcar en el Norte y de la viña en Cuyo. Estos viejos cultivos —pues ya caracterizaban a ambas regiones desde principios del período colonial— se renuevan

y extienden en forma insospechada a medida que el país se abre al capital y a la inmigración europeos. Las cifras demuestran la envergadura de ambos desarrollos regionales: en Tucumán las 2.000 ha cultivadas con caña de azúcar en 1875 son ya 106.765 en 1914, mientras que en Mendoza la superficie plantada con viñas aumentó de 2.500 ha en 1881 a 48.000 para 1910. Fuera del área pampeana, estas dos regiones fueron los únicos focos importantes de industrialización, y hacia 1913 localizaban el 16% del capital y el 12% de la producción y de la fuerza motriz empleada en todo el sector industrial argentino.

Estos desarrollos regionales fueron motivados sobre todo por tres factores. El primero fue la llegada de los ferrocarriles de capital británico a Tucumán (1876), a Mendoza (1884) y a San Juan (1885). El segundo fue el amplio mercado que se iba conformando en el área de la economía de exportación. Otro factor decisivo fueron los derechos de importación a los vinos, licores y azúcares blanca, refinada y terciada, que otorgaron una eficaz barrera proteccionista a estas industrias agrícolas. De esta manera, hacia 1895-1897, la producción nacional de azúcar terminó de cubrir la demanda interna y generó, además, un apreciable excedente para la exportación; por su parte, hacia 1910 la producción cuyana de vino alcanzó a satisfacer el 86% del consumo interno estimado (3,5 millones de hectolitros). Esta acelerada expansión del azúcar y de las viñas y, con un rango menor, la del tabaco y de la yerba mate, constituyeron quizás el más apreciable proceso de *sustitución de importaciones* al finalizar el siglo XIX.

Bibliografía

- ACEVEDO, E.** *Anales históricos del Uruguay*, tomos IV-V. Montevideo, 1934.
- ASSADOURIAN, C. S.** “El sector exportador de una economía regional del interior argentino. Córdoba, 1800-1860 (esquema cuantitativo y formas de producción)”. En: *Nova Americana*, 1. Turín, 1978.
- AZARA, F.** de. *Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes*. Buenos Aires, 1943.
- BARRÁN, J. P. y R. NAHUM,** *Historia rural del Uruguay moderno*. Montevideo, 1967, vol. 1.
- BEYHAUT, G., CORTÉS CONDE, R., GOROSTEGUI, H. y S. TORRADO,** *Inmigración y desarrollo económico*. Buenos Aires, 1961.
- CEPAL,** *El desarrollo económico de la Argentina. Anexo*. Santiago de Chile, 1958.
- CORTÉS CONDE, R.** *El progreso argentino*. Buenos Aires, 1979.
- CORTÉS CONDE, R. y E. GALLO,** *La formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, 1967.
- CHIARAMONTE, J. C.** *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina, 1860-*

1880. Buenos Aires, 1971.

DI TELLA, T. S. y T. HALPERIN (comp.). *Los fragmentos del poder*. Buenos Aires, 1969.

DÍAZ ALEJANDRO, C. F. *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Buenos Aires, 1975.

FERNES, H. S. *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires, 1966.

HALPERIN, T. “La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)”. *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), 111, 1-2 (1963).

_____. *De la revolución de independencia a la confederación rosista*. Buenos Aires, 1972.

_____. “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria y aceleración del proceso modernizador: el caso argentino (1810-1914)”. *Jahrbuch für Lateinamerikas* (Colonia), 13 (1976).

LATZINA, F. “El comercio argentino antaño y hogaño”. En: *Censo Agropecuario Nacional. La ganadería y la agricultura en 1908*. Buenos Aires, 1909, t. 111.

MOURAT, O. “La inmigración y el crecimiento de la población del Uruguay, 1830-1930”. En *Cinco perspectivas históricas del Uruguay moderno*, Montevideo, 1969.

PARISH, W. *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata*. Buenos Aires, 1958.

ODONNE, J. A. *La formación del Uruguay moderno. La inmigración y el desarrollo económico social*. Buenos Aires, 1966.

_____. *La emigración europea al Río de la Plata*. Montevideo, 1966.

PANETTIERI, J. *Inmigración en la Argentina*. Buenos Aires, 1970.

PARISH, W. *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata*. Buenos Aires, 1958.

RANDALL, L. *An Economic History of Argentina in the Twentieth Century*. Columbia University Press, 1978.

SOMMARIVA, L. H. *Historia de las intervenciones federales en las provincias*. Buenos Aires, 1929.

WARREN, H. G. *Paraguay and the Triple Alliance*. University of Texas Press, 1978.

ZUBILLAGA, C. *Deuda externa y desarrollo en el Uruguay batllista (1903-1915)*. Montevideo. 1979.